



Título: Los reyes mortales

Página 1 de _ 8

Juan Andrés Moya Montáñez

Categoría C: Adulto

Relato Corto

Cuando el otoño cubría los prados con su lienzo lóbrego y las lechuzas ululaban destempladas, Lahore centelleaba con el guiño de sus velones y el resollar de los inciensos. Lahore, la ciudad sagrada, madre de todas las capitales. Era al imperio lo que a la planta la flor: la materialización de su efímera belleza, ese instante de eternidad por el que retorcer las raíces hasta la extenuación cobraba sentido. Y de entre todas las joyas que engastaban su corona, una centelleaba más sublime que ninguna: el mahal del emperador. Se aupaba sobre la llanura como un cerro de alabastro. Al atardecer, se incendiaban sus muros níveos en un rojizo extraordinario y se preguntaban los aldeanos si no habría el Supremo honrado a Lahore con dos estrellas: una ardiendo en el horizonte, otra hirviendo sobre la ciudad.

Una tarde ajetreada, por los pasillos del palacio susurraban unos pies enguantados en cuero y de las ventanas pendían rumores de lavanda y limón. Salima, responsable última de toda la servidumbre, bullía con el tremor de cien labores por hacer y otras cien por conminar.

—¡Anarkali! —exclamó con su voz carrasposa—. ¡Ven aquí!

Dos ojos de esmeralda asomaron tras la columna. La tez rojiza, reluciente de puro trajín, y la boca como una granada a punto de florecer.

—¿Sí, señora?

—¿Has estado alguna vez en el hammam del príncipe Nuruddin?

—No, señora —Un rubor en la mejilla.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, señora, en unas de las...

—Ve inmediatamente allí —interrumpió con impaciencia—; en la entrada hay una bandeja con ungüentos y afeites. Aplícalos en el cabello del príncipe. Antes de que se endurezca, enjuágalo con agua de jazmín. Después, márchate.

—Pero, yo...

—No te dirijas a su alteza, no levantes la mirada y no disturbances su reposo ¿Lo has entendido?

Una genuflexión por toda respuesta.

—Ahora, ¡ve!

Se apresuró la esclava por los pasillos de jaspe con los puños muy cerrados. La tela de su sari rozaba nerviosa las esquinas de las columnas y se entretenía por las cascadas de las escaleras. La estructura ósea del mahal parecía mecerse en los salones. Grandes candiles derramaban una luz licuada por las paredes que rielaba en mil colores en los ventanales. Y el ala que pertenecía al príncipe Nuruddin no era sino una fracción del palacio.

Del ojival que llevaba al hammam emanaba un bálsamo térreo, como una lengua salada que ansía aire fresco. Anarkali escudriñó su interior y contuvo el aliento. El resplandor mortecino de velas a medio sucumbir reverberaba en la bóveda de baldosas: un enjambre de luciérnagas atrapadas en merengue. Las columnas se izaban en pos del firmamento, atravesadas por riachuelos de lapislázuli y azabache. Dominando la estancia desde el centro mismo se erguía rotunda la bañera de mármol albino. Y en su interior remoloneaba Nuruddin.

Tal como había prometido Salima, en el suelo, sobre una bandeja de estaño, brillaba el cristal de los ungüentos. Un bochorno embriagador perló de guiños la piel de la esclava. En silencio se deshizo de las babuchas y, a través de la neblina, inspeccionó el perfil del príncipe. Los ojos bailotearon nerviosos, demasiado acobardados para contemplar su rostro, demasiado ansiosos para contenerse. La sangre le latía en la boca.

Con los labios ceñidos avanzó Anarkali hacia el interior del hammam, rindiéndose a su fragante calima. Vislumbró primero la piel de azafrán en las manos de Nuruddin, como enraizadas sobre el mármol. Se demoraban los dedos somnolientos de humedad, esbeltos, delicados. Al peldaño de su muñeca venían a desembocar regueros de sudor llorados hombro abajo. Azorada, Anarkali apartó la mirada. Pero los párpados quisieron pecar de arrojo. Por vez primera contemplaba de cerca al heredero. Nuruddin, el hijo del imperio, luz de toda fe. Lo había imaginado gigantesco, como un peñón sobre el mar, aterrador y vengativo; un dios hecho carne con el apetito de sus congéneres etéreos por el sufrimiento ajeno. En sus fantasías de pueblerina, había esculpido al príncipe en piedra y bronce, lo había dotado de un aura insoportable, el brillo de mil soles espléndidos. Y, sin embargo, frente a sí lo tenía; tan carnal, tan menudo, tan concreto. ¿Cómo podía una ralea tan grave morar en un templo tan sutil? ¿Cómo lograban los límites de su cuerpo contener la magnificencia de su linaje?

Vacilante, Anarkali se arrodilló junto a la bañera, detrás del príncipe. La cascada de sus bucles resbalaba en tropel por la espalda, lamiendo la piel del cuello y la superficie del mármol.

Impregnándose las manos de aceites, acercó los dedos al cabello con recelo, esperando un crujido del aire, una descarga, tal vez. Pero encontró su melena mansa y dulce. En los labios de Nuruddin se cristalizó un suspiro. Tomando otro frasco de unguento, ungió al príncipe con jugo de almendra. Pronto los dedos eran todo óleo y el óleo era casi arcilla. El siseo de los mechones untados en tierra se opuso al hervor de los vapores aromáticos, y príncipe y esclava compartieron silencio sumidos en una modorra de puntas redondeadas. Pareciera que el tiempo se hubiese desplomado, exhausto, sobre la tierra; que las estrellas se hubieran cuajado en esa tela de brea que era el cielo nocturno; que los velones hubieran contenido la respiración durante un segundo infinito. El loto entornó sus pétalos en bostezos.

A Nuruddin se le antojaron confusas las fronteras entre presente y pasado, día y noche, verdad y falacia. Deber y poesía. Y, elevando una voz aletargada, comenzó a recitar:

—Porque tu semblante es el último ídolo, yo me he convertido en idólatra.

El verso afloró de los labios del príncipe como un susurro, tan quedo, tan flemático. Las palabras rodaron por la pendiente del adormecimiento y las sílabas vibraron en el vértice de su lengua con un temblor de sueños y anhelos.

—Porque de tu copa fluyen los vinos —continuó con los párpados cerrados—, ahora estoy embriagado. Ante la presencia de tu amor, yo me he vuelto inexistente. Y esta ausencia junto a ti es mejor que todas las existencias.

La dicción del príncipe hechizó a Anarkali con su tañido acaramelado. A medida que se adentraban sus dedos por entre los rizos del heredero, la palma de la mano se abotargaba con la esencia de la miel. Una quemazón sin nombre comenzó a treparle por las yemas hasta tocar las muñecas, hirvientes, para encaramarse después a los codos y a los hombros con un fuego inaguantable, hasta asfixiarla, hasta abrasar el centro mismo de su cuerpo. Y justo entonces comenzó a recitar a la par que el heredero:

—En el jardín de las orquídeas y las rosas, anhelo ver tu rostro. En el sabor de la dulzura, anhelo besar tus labios. En la sombra de la pasión, anhelo tu amor.

Nuruddin calló ante el canto de Anarkali.

—Me abrumba la magnificencia de tu belleza y desearía contemplarte con cien ojos. Me avergüenza llamar a este amor humano. Y el temor a Dios me impide llamarlo divino.

El arrullo de su propia voz, envuelta en el silencio, sobrecogió a Anarkali. Sin ser consciente de ello, había enmudecido el soliloquio de Nuruddin. Sintió la esclava un vértigo inmenso; le palidieron las mejillas y el viso de los pómulos se tornó amargo.

—Oh, discúlpeme, Alteza. Lo lamento muchísimo —tartamudeó con la cabeza gacha.

Los hombros de Nuruddin emergieron de la bañera.

—No, no te disculpes. No tienes por qué hacerlo.

—Lo siento tanto —insistió la esclava con un temblor en la voz.

—¿Por qué ibas a sentirlo? Son los versos de un profeta. Su palabra es siempre bienvenida.

—El príncipe titubeó por un instante—. ¿Quién te los ha enseñado?

A Anarkali le atronó el corazón y una timidez precavida le anudó la punta de la lengua.

—Por favor, no tengas miedo de mí. Dime, ¿cómo los has aprendido? —insistió él.

—Mi padre fue el aprendiz de un gran maestro en Shahdara, un hombre santo —dijo en un suspiro—. De él aprendió sánscrito y urdu. Le enseñó a admirar la pintura de Farrukh y la poesía de Jalal ad—Din Rumi. Me recitaba todos sus poemas de memoria.

Un relámpago atravesó el cielo en los ojos de Nuruddin y, tras ello, sus párpados parecieron abatirse.

—¿Puedes recitar tú también sus poemas de memoria?

La esclava vaciló.

—¿Podrías continuar? —insistió el príncipe.

—Majestad, yo...

—Por favor, continúa el poema que habías comenzado. No sabes cuánto me satisface oírlo en tu voz.

Un rubor y un estremecimiento en el rostro de Anarkali. Tras el nerviosismo, aceptó.

—Por supuesto, Majestad. Será mi privilegio.

Los dedos volvieron a extraviarse en la cabellera parda de Nuruddin y las palabras brotaron impregnadas en melaza.

—¡Oh, amante supremo! Permíteme despreciar mis tribulaciones. Las flores han brotado con la exultación del espíritu...

A medida que los versos desnudaban su pureza y reverberaban una y otra vez en el armazón del hammam, el cuerpo del heredero se hundía más y más en la bañera. Las aguas aromáticas tintadas de espuma chascaban con cada beso de su piel.

—... Por Allah, anhelo escapar la prisión de mi ego y perderme en las montañas y en los desiertos. La gente solitaria y triste me agota...

Anarkali contemplaba abstraída la figura de Nuruddin. La indulgencia con la que los hombros parecían flotar sobre la plata líquida que los guarecía, el trazo de sombra que se derramaba por la espalda, la prominencia de sus rodillas desnudas, tan desvalidas en su soledad, tan expugnable la una sin la otra.

—... desearía deleitarme en la borrachera frenética de tu amor y sentir la fuerza de Rustam en mis manos...

Imaginó el brillo del abdomen bajo las aguas. Rastreó en sus delirios la curva de las caderas, cubiertas de una piel tostada. Intuyó la cualidad del vientre, las colinas que confluían al sur del pubis, la umbría y la espesura.

—...eres la esencia de la esencia, la intoxicación del amor. Quiero cantar las alabanzas de tus virtudes, pero te observo enmudecido, con la agonía del deseo en mi corazón.

Concluido el poema, el príncipe exhaló con el pecho cargado de una emoción que no lograba identificar. Había en él una paz lisonjera, como un ronroneo que sentía en el estómago. Y ese súbito silencio en el hammam, sin la voz de Anarkali, le resultaba tan devastador como exquisito. Ni el aire se atrevía a respirar para no incomodar al sosiego.

Anarkali se inclinó hacia la bandeja de estaño y tomó el recipiente con agua de jazmín. Una última gota resbaló de su dedo índice y resplandeció al estrellarse contra el suelo.

—Debo enjuagar su cabellera, Majestad.

Nuruddin asintió con un arrullo profundo.

Cuando la esclava descorchó el frasco, una brisa de deliciosa complexión arreció en la estancia. Escrupulosas las manos que vertían el extracto sobre el heredero. Por las sienes desembocaban

arroyos de un incienso licuado que le empapaban las pestañas. El abismo entre las clavículas quedó anegado en una saliva dulzona. Por las escapulas lloró la belleza.

Nuruddin permitió que el peso del cabello mojado lo arrastrara hasta el fondo de la bañera, para brotar un instante después cubierto de un corsé hecho de plata y de luz. Anarkali apartó la mirada cuando las piernas del heredero tocaron el suelo vestidas de agua.

—Sécame —ordenó.

Sin levantar la cabeza, la esclava inspeccionó de soslayo las hornacinas del hammam en busca de un lino con el que secar al príncipe. Tomó el primero y, al girarse, contempló la esbelta desnudez de Nuruddin. Las llamas de los velones tiritaban en el lienzo de su espalda y por la tensa elipse de los glúteos lloviznaba una humedad tardía. Los muslos rezumaban un sudor acanelado. Anarkali parpadeó embelesada.

Atravesó los escasos pasos que la separaban del heredero tan inquieta como turbada y, por fin, se asomó a esos dos ojos como dos lunas que le adornaban la cara. Durante la eternidad de un instante, se sostuvieron el uno al otro con la impaciencia de un deseo insaciable. El pómulo de él parecía encajar perfectamente en la redondez etrusca de ella. Los labios ávidos de la esclava amansaban las pupilas adamantinas del príncipe. El vapor vendaba sus cuerpos como un sudario centelleante.

Anarkali postró la rodilla frente a Nuruddin y desdobló el paño de lino sobre sus pies. Tanteó la angostura de los dedos, el alabeo apenas pronunciado del empeine, nublado por una pátina de fino vello. Ascendió la pilastra de la pierna hasta alcanzar la pantorrilla y percibió la severidad del hueso bajo la rótula. Continuó turbada su ascenso hasta encontrar en las corvas una humedad calurosa. Al enfilar los muslos sintió quebrada su determinación. Advirtió un ligerísimo escalofrío en la piel espinosa del heredero. Al sur del génesis, titubeó.

—No tengas miedo —la animó Nuruddin—. Continúa.

Con un cabo del paño enjugó el relente del pubis y la fricción ensortijada vibró en la yema de sus dedos. Aspiró su perfume acedado. Adentró el lino allende la oscuridad entre las piernas y admiró la piel que se deshace de otra piel con un beso de agua. Una llamarada le escalfó la muñeca al rozar su virilidad. Y de nuevo el aroma de su hombría temprana, su prometedora lozanía. En el vientre holló tierras de plácidas colinas, apretujadas a la sombra del ombligo. Una pelusa rala la guio por senderos que trepaban hasta el pecho y percibió la protuberancia de las clavículas bajo un cuello que olía a sal.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Nuruddin.

Anarkali izó la mirada. Deseó de súbito poder malgastar sus noches por entre esos bosques sombríos que albergaba en las pupilas, amanecer sobre las brasas de su boca y despertarse recostada sobre su sofoco. Comprendió con esa claridad exclusiva de los sueños que le empujaba la sangre a idolatrar a Nuruddin, y supo también que de su veneración nacerían días sin esperanza. En Nuruddin se inmolaría el núcleo mismo de su alma.

—Anarkali —susurró—. Mi nombre es Anarkali.

Y en ese intercambio de nombres presintió un algo litúrgico. Poseer en los labios el nombre del heredero y que él guardara en la lengua el suyo le resultó en exceso carnal. El vértigo le perforó los oídos y la templanza.

Como para enfatizar lo ruinoso de su pensamiento, una frialdad inhumana llegó desde la puerta del hammam y le erizó las perlas de agua sobre la piel. Un helor inhóspito bostezó entre el príncipe y la esclava. Allí, fruncida y turbada, como un desgarró sobre el terciopelo, permanecía Salima. En el regazo portaba la vestimenta del heredero.

A través de la calima escrutó la confusión de unos ojos que se descarrían en otros ojos, la proximidad de dos cuerpos volátiles, el éxtasis y la agonía. Anarkali advirtió por fin su presencia y su repentina genuflexión provocó un tintineo de los rizos sobre el rostro. Tal que una niña con las manos embarradas, sintió que llevaba el peso de la culpa en la mirada y debía ocultarla a ojos de Salima.

—Alteza, el emperador demanda su presencia de inmediato —informó con severidad.

Nuruddin ensució su expresión.

—De acuerdo.

—Le ayudaré a vestirse.

Sin esperar respuesta, Salima arrebató con los labios prietos el paño de lino de manos de Anarkali y, con una virulencia fiera en las pestañas, expulsó a la joven del hammam. Sin siquiera mirar al príncipe, la esclava huyó sintiendo el agujoneador entendimiento de Salima perforándole la espalda, y Nuruddin vigiló de soslayo su marcha a través de la bruma. A cada paso desfallecía una parte de su ser. Le dolió en el tuétano y en las plantas de los pies.

Cuando el borde de su sari flanqueó el arco de la puerta, el aliento se le cuajó en los pulmones. Y en el corazón restallaron los versos del poeta.

